

# La lectura y los adolescentes

## Aprender a vivir

Jesús Balaz Zabalza  
Escritor y editor

**José Antonio Marina**, después de indagar sobre el lenguaje a lo largo de su último libro *La selva del lenguaje*, finaliza en lo que pareció obvio, que éste es la expresión de un sujeto inteligente. Y no está mal recordar que, para él, la inteligencia tiene como función principal *no conocer, ni crear, sino dirigir el comportamiento humano para salir bien librados de la situación*. Vaya eso por delante para dejar claro por qué senda transito al reflexionar sobre la función de la lectura, que es, en primer lugar, un ejercicio para acceder a la plenitud de la lengua, de la que **Gradamer** ha dicho que se encuentra *íntimamente vinculada a nuestra comprensión del mundo*.

### Función logomítica del lenguaje

El lenguaje tiene la función de describir y explicar el mundo. El *logos*, la palabra que ordena, que nos libra del caos, que da explicaciones científicas y razonadas, es fundamental en la relación del hombre con lo que le rodea. Desde la ilustración, el lenguaje de la ciencia y de la tecnología ha sido el más prestigiado, el único que parece gozar de solvencia. Este lenguaje ha tendido a *desmitificar* todo y ha tenido la tentación de hacerse exclusivo. Pero esta función del lenguaje no hace justicia a la realidad, la reduce. Tiende a verla sólo como una naturaleza pasiva que dominar y explotar.

El lenguaje cumple otra misión que se enfatiza en todos los momentos de *romantización*. La naturaleza, física y humana, y nuestras relaciones con ella tienen dimensiones muy complejas. Ante lo que nos rodea y ante lo que somos podemos sentir emoción, ternura; nos sobrevienen sentimientos de tristeza o de intensa alegría; atisbamos el límite del ser y la trascendencia... Todas estas dimensiones no pueden ser expresadas del todo con lenguaje *lógico*. Para explicar todas estas dimensiones, necesitamos el *mito*, la narración, a veces la metáfora...

### Transmisión de la memoria...

La transmisión del conocimiento científico y del pensamiento racional no se discute y, a lo sumo, se critican algunas de sus posturas extremas. El irracionalismo y las nuevas apologías de la magia que se le enfrentan no tienen solidez para poner en peligro sus avances.

En cambio, a veces parece que se rompe la cadena de transmisión de la experiencia humana narrada, acumulada, en primer lugar, en los mismos repliegues del lenguaje, en las frases hechas, en las referencias culturales que éstas contienen... Algunos sociólogos han descrito los fines de semana de ciertos jóvenes como horas de comunicación gestual en las que, a lo más, echan mano de una lengua empobrecida, con palabras apenas articuladas. Se reúnen para beber en silencio o bailar en tropel con música de muchos decibelios que no

les permite escucharse. No obstante, esos muchachos necesitan palabras. ¿Quién se las va a dar?.

El lenguaje tiene toda una base mancomunada, compartida por los hablantes de una lengua, que hace que puedan entenderse y comunicarse. Esta parte del lenguaje es lo repetitivo, lo que nos transmite la *memoria*, lo que viene de atrás. Pero el joven ve en él algo de *inautenticidad*, como si no representara bien lo que considera que es su mundo, la novedad de su mundo. Es cierto, las palabras, las formulaciones que tenemos para expresar sentimientos y pensamientos se gastan, y entonces precisamos de otras nuevas. Necesitamos liberarnos de la automatización del lenguaje, precisamos de palabras vivas para expresar situaciones o experiencias nuevas, necesitamos *imaginación*. Seguramente esto es lo que queremos expresar y valoramos cuando decimos que ha aparecido una voz nueva en la literatura.

Nadie mejor que un padre con hijos adolescentes o jóvenes, o un educador, para experimentar esa especie de impotencia ante la sensación de incapacidad de afrontar con naturalidad la *novedad* del presente. Hay algo inasible en el presente de lo que parece que los jóvenes tienen la clave y que, en cambio, se resiste al adulto, que no lo acaba de abarcar y que se le escapa.

### **...y creación de palabras nuevas**

La calidad de la vida depende en gran parte de cómo sabe uno vestirla y contarla, de qué niveles de profundidad de la misma es capaz de expresar y, por tanto, de haber captado. Uno no posee aquello que no es capaz de decir, o al menos no lo posee en plenitud. La función de la literatura, que es la expresión más refinada, más indagadora y más brillante del lenguaje, tiene que ver con el arte de vivir. Lo que ella hace es dar palabras, historias, mitos, para aprehender la realidad y para situarse vitalmente ante ésta.

Cuando **Cervantes** nos cuenta con insondable maestría lo que es un personaje quijotesco y lo propone al lector como una de las maneras de vivir, está definiendo una forma de ser imposible de describir de otra manera. Leyendo *El Quijote*, el lector descubre una de las infinitas posibilidades humanas.

Ese lenguaje nuevo que conectara la manera de ver y sentir la realidad que tienen los jóvenes les podría venir a través de la poesía de las canciones, lo que hicieron los juglares y, en versión moderna, los cantautores, pero la música que muchos de ellos escuchan es la de texto monosilábico que a menudo les llega vehiculada en un inglés ininteligible.

¿Dónde encontrarán esas palabras nuevas, auténticas, que reflejen lo que sienten? En buena parte, en la narrativa dirigida a ellos. Pero, ¿cómo accederán a ella?.

La clase de literatura no ha de servir, en primer lugar, para enseñar la historia de las narraciones escritas. Esta es una apetencia muy particular y sofisticada que sólo algunos chicos, muy pocos, suelen tener. En cambio, la mayoría necesitan leer textos que expresen con lenguaje flexible, dúctil, penetrante, evocador, moderno, rico, la complejidad del mundo en el que les ha tocado vivir y que sienten como suyo. Precisan, además, apropiarse de ese lenguaje con el que contar ese mundo y contarse a sí mismo. La literatura más aún que para comunicarse sirve para vivir.

Esa riqueza y esa complejidad no se adquiere por el proceso de transmisión oral, sino leyendo. El adulto que lee con ellos les ha de ayudar a ver el poder de comprensión y de evocación que tienen los textos que hablan de sus cosas, la narrativa juvenil. Éste es un paso, no necesariamente obligado, pero frecuente y seguramente muy fructífero.

## Literatura e identidad

La literatura es el lugar privilegiado para captar lo que uno es y para aprender a decirse a sí mismo. O sea, es una de las mejores formas que tenemos de definir nuestra identidad. *“Para entendernos hemos de asir nuestras vidas en una narración (...) Para tener sentido de quiénes somos hemos de tener una noción de cómo hemos llegado a ser y de hacia dónde nos encaminaremos”* (Taylor, *Fuentes del yo*). Desde el nacimiento a la muerte cada uno es el tema de la historia que más le importa. Y al ir narrándosela, a veces con un lenguaje sólo interior, trata de conducir a su personaje lúcidamente, o sea, con un rumbo en el que su vida tenga sentido. Cada uno intenta construir para sí mismo una convincente narración. Algunos psicólogos han señalado que muchos de los que sobrevivieron a los campos de exterminio o lograron vivir en condiciones extremas fue porque tenían una excelente historia, un horizonte simbólico sólido, con ideales o convicciones capaces de alentarles. Este mundo personal e íntimo lo construimos en nuestra mente, en buena parte, a través de nuestras lecturas.

Las épocas ilustradas, racionalistas, han primado el logos, la explicación racional, dejando de lado el *mito*, la narración de la experiencia. Cada joven debe encontrar palabras –logos y mitos- que le den consistencia: que digan lo que cree que es ahora mismo, a lo que ha sido (*rememoración*) y a lo que será (*anticipación*). Hölderling había escrito que el lenguaje –*el más peligroso de todos los bienes- ha sido dado al hombre para que pueda testimoniar que ha heredado lo que él es.*